

Diego Medrano

Historia golfa de las monarquías hispánicas

Guía regia de descarriados:
de Sigerico a Urdangarín



Berenice

Índice

- Los desfiles de Sigerico | 15
- Las quejas y guedejas de Amalarico | 21
- Palmas y cisnes de Teudiselo | 27
- Asedio de las conspiraciones
(RECARDO I) | 33
- El santo barbado (CHINDASVINTO)
y el último de la fila (RODRIGO) | 39
- Emires como faquires
(ABDEMARRAMÁN I Y ALHAKÉN I) | 47
- Califas como rabizas
(ABDERRAMÁN III Y MOHAMED III) | 53
- Golfería larga y astrosa
(REINO DE ASTURIAS) | 59
- ¡Menudo fiestón!
(REINO DE LEÓN) | 65
- Las cosquillas de las Castillas
(LOS GARCÍA) | 71
- Alfonso VIII: El de Las Navas, el Noble, el Chico
(REINO DE CASTILLA) | 77

Sabiduría Pop, abstinencia y golfante de los Alfonsos
(ABUELO, NIETO Y DULCE GATITO) | 83

Sombra cimbreante del espectro de voz temblona, lúgubre y
atiplada (SANCHO IV, REINO DE CASTILLA) | 89

Un cojo cecea tras el parterre de rosas y la fuente
murmurante. (PEDRO I, EL CRUEL) | 93

El soldado de porcelana redime rédito y simiente.
(ENRIQUE IV, EL IMPOTENTE, CORONA DE CASTILLA) | 99

Montañas altas, montañas feroces
(REINO DE NAVARRA) | 105

Padre e hijo mojan el pompis en mitad de las aguas albañales de
su propia sociedad letrinal
(EL CATÓLICO Y EL CONQUISTADOR, REINO DE ARAGÓN) | 111

El del punyalet, Beckett en bermudas
(PEDRO IV, REINO DE ARAGÓN) | 117

Los Reyes Católicos (SERGIO Y ESTÍBALIZ).
La fusión total (ARAGÓN Y CASTILLA) | 123

Los tibios trofeos, las miradas sardónicas, las voces glaciares
(JUANA LA LOCA Y FELIPE EL HERMOSO) | 133

Los besos respetuosos,
los pecados vituperables (FELIPE II) | 141

Los suspiros voluptuosos
(FELIPE IV, EL PASMADO) | 149

Las simpatías instintivas
(CARLOS II, EL HECHIZADO) | 157

Los gestos lapidarios, las caricias insultantes
(FELIPE V DE BORBÓN) | 165

Las pupilas dilatadas, las risas mudas
(CARLOS IV DE BORBÓN) | 173

Los sudores vibrantes, los goces oprobiosos
(FERNANDO VII) | 181

Los besos mojados, las amabilidades indignantes
(PEPE BOTELLA) | 189

La cadencia de la caída de las hojas de cerezo
(MARÍA CRISTINA DE BORBÓN-DOS SICILIAS) | 197

La de los tristes destinos
(ISABEL II DE BORBÓN) | 205

La música empalma a las fieras
(ALFONSO XII) | 213

Escuchar lo no dicho, el que oye llover
(ALFONSO XIII, LUIS FERNANDO DE ORLEANS) | 221

Los tres sustos bruscos de Juan Carlos I
(LETIZIA, MARICHALAR, URDANGARÍN) | 229

Los desfiles de Sigerico

El MÁS germano de todos los reyes godos fue Sigerico. Follaba a lo germano, no tenía emociones y casi hubiese sufrido un pasmo si se hubiese enterado de la consiguiente latinización de su nombre, de su apodo, del principal patrimonio o blasón que tiene todo héroe que se precie:

–Sigericus.

–¿Cómo dices?

–Que lo latinizaron como Sigericus.

–Suenan a colutorio.

–Pues casi no echaba esperma.

Sigerico (un poco pionero de aquel Valle Inclán que llegó a escribir la esencia de todo alejamiento, la poética de todo mártir: «Despreciar a los demás, y no amarse a uno mismo») duró con la corona, en pleno fiestón, siete días. El reinado más corto de todas las monarquías hispánicas durante el año 415. Un poco como Mickey Rourke con Kim Basinger en *Nueve semanas y media*, pero menos. Lo de Sigerico fueron siete días intensos, con mucho trauma y fuego de por medio, con abundante resaca y abluciones varias. Gastó todos los tubos de gomina al mismo tiempo, vamos, y dejó eso de los condones para el clero, que entonces follaba de lo lindo, sin esconderse debajo de la mesa.

Tomó el poder tras el asesinato de su predecesor –Ataúlfo– a manos de un enanito llamado Dulus (unos decían que si soldado, otros que bufón de la corte, y no faltará hoy quien mantenga que lo vio tocar en la Orquesta Mondragón). ¿Estaba o estuvo él detrás de la muerte del propio Ataúlfo? Por supuesto, da cosa confesarlo, ay, pero me temo que es igualmente típico, tónico, lustroso y siniestro: el propio Sigerico, junto a sus fieles más inmediatos. Ataúlfo, muy con tupé, muy desastrado y favorito, muy de falda larga y ojos sin luz, había ordenado la muerte de su hermano Sarus, y eso es algo que no puede perdonarse así como así. Walia se encargaría de trocear a Sigerico en trocitos todavía más pequeños, sin

ningún remordimiento antes ni después, impasible. A lo germánico, ya está dicho. Todo puro gourmet, sin ningún examen previo o posterior, muy en plan Doctor Lecter antes de todo Cinexín. «¡Al trago!», que todavía cantan o exclaman en algunas tascas del peor Madrid (el de Serrano, por atrás, sin borlas).

Sigerico, sin quererlo, al sesgo, fue el que inició en dominó la segunda corriente entre los visigodos: el llamado morbus gothorum (la primera, imagino, fue el cunnilingus). El morbus gothorum, el regicidio puro y duro, el morbo gótico, era la mejor forma de discutir los asuntos. Y especialmente los asuntos de tipo sucesorio:

- ¿No estás de acuerdo conmigo?
- No, no lo estoy, para qué voy a mentirte.
- ¿Seguro?
- Claro que sí.
- ¿Te gusta esta espada que tengo sobre la mesa?
- ¿Por qué lo dices?
- Nada. Porque voy a arreglarte un poco la coleta.
- ¿Qué?
- Sí, nada. Ya verás que fácil será luego peinarte...
- Ten cuidado con las orejas, por favor.

Sigerico no tenía móvil pero dejó un único mensaje que, realmente, es una novela, un cuento de espías, un embrujo o encantamiento, los mejores versos para cualquier escéptico, para el menda menos precavido o espabilado:

-Ataúlfo humilló a mi linaje en las Galias. Llegada es la hora de cobrarle sanguinaria venganza en él y esa romana puta que tiene como esposa.

Sigerico no se refería a otra que a la princesa Gala Placidia, la Kim Basinger de todo el tomate, floja y saturnal, bellísima. Gala (jamás quiso ser escritora ni tomaba por atrás, no se confundan...) era hija del emperador Teodosio I y esposa de Ataúlfo. Fue hecha prisionera por los godos durante el sitio de Roma a cargo de Alarico I, primer rey de la primitiva tribu descalza. Era la rubia de miradas largas y abundante rouge: godos y romanos se la disputaban sin descanso; ella, siempre condescendiente con esa sonrisa traviesa y ladeada de las rubias, un poco oblicua, decía a todo que sí y no pedía cocaína por nada. Ella siempre estaba a punto

para un viaje o cabalgada de quince o veinte minutos, aprox. No padecía remordimiento alguno, muy germana, muy nazi de su ingle y, si viviese hoy, también de la nariz, muy a lo suyo en esta peli de estar siempre con las bragas rozándose con los talones y el paladar gozoso y enrabiado con el salami duro, proscrito y ajeno. Fanática de la ingle bien trabajada, para qué ocultarlo, si pudiera ser con un Martini en cada mano, fantástico, para así no pasar frío.

El pobre maromo no era un tipo excesivamente diplomático. Sigerico era más bien salvaje, sanguinario, rupestre, vengativo, cruel, burro, un poco vasco y preparadísimo para el combate. Pensaba en números, me temo, y la hipoteca le tenía jodidísimo. Gala era su pañuelito de lágrimas y la espada, bien la de arriba o la de abajo, un pasatiempo o gimnasia americana tan buena como cualquier otra. Se mataba entonces un poco por antropología o telequinesia: saber quién coño era uno, quién diablos eran todos los demás, si iba a llover el martes, ya se imaginan... Se mataba sin matar, tomando distancia, vamos, un poco como se amaba. Sólo había cercanía en la cocina, que era en plan todo a la vez y muy rápido.

Sigerico fue nombrado rey por la nobleza más beligerante con los intereses romanos: todo parecería indicar que con él en el trono se desataría una terrible guerra. De hecho fue él quien, sin móvil en la faltriquera y con las manos formando bocina, organizó en un momentín la terrible campaña contra Roma. Sigerico: tipo oscuro y patético, justo el envés de sus predecesores Alarico I y Ataúlfo. Inaugura la Semana Trágica –por así llamarla– tal y como Maragall hizo con los Juegos Olímpicos, y algo todavía con mucho mayor praliné y etiqueta, la «masacre regia», que va por órdenes sucesivas y ahora explicamos sin tomar ni siquiera un modesto aperitivo.

En primer lugar, en el minuto cero, ordena la ejecución de los seis hijos de Ataúlfo para evitar la posible descendencia y asegurarse el trono. Primer edicto que tiñe la Corte, en mayúscula, de sangre, niñez, crueldad y velocidad narrativa.

–¿Fue el entierro de los seis a la vez?

–No, no. De uno en uno.

–¿Y por qué?

–Cosas de la comunión visigótica.

–¿A la vez qué era en aquella época?